

VIEJOS

Enrique González Rojo

2002

El tenor entrado en años
 saborea en el corazón
sus viejas arias.

Pero al cantar
 no es con la voz
sino sólo con el aleteo
 de la mano en alto
que alcanza
 que hace suyo
 que captura
-pájaros invisibles en la atmósfera-
un agudo tras otro.

Eso ocurre porque algo
 poco a poco
 y al paso de los días
los dientes
y las ilusiones
fue estrechándose en torno de su cuello

hasta formarle ese nudo en la garganta
que le ahoga
el ulular de notas musicales
en los labios.

Mas qué importa.

El tenor octogenario
prosigue cantando a voz en cuello
-sólo que en sus entrañas-
todo su repertorio.

1.Tenor

El viejo sacerdote sufre de insomnio

-millares de hormigas

noche a noche

se le suben al lecho-

y se pasa de sol a sol

hurgando en las oscuras galerías de su cráneo

cómo dormir un poco

tantito

cómo despuntar un sueño

por lo menos de la duración

de un cabeceo y su oscuro relámpago

cómo extraviar su conciencia

repentinamente

sabe Dios en qué recodo de un segundo

en fin

cómo acercar sus ciegos pasos

al precipicio

de la amnesia.

Pero siempre está insomne

como el fuego en brazos de lo inflamable
como el hombre que descubre el virus del
destino
en su computadora
como un ojo de pescado
al centro de un mar de incertidumbres.

El sacerdote cambia sin cesar la almohada
de sitio

como diseñando diversas y contradictorias
posibilidades de dormir.

Si pudiera hacer con mis convicciones otro tanto

-se dice.

Le da manotazos

para socializar su blandura

para esculpir en ella

el trazo de un bostezo contagioso

el hueco en que

acurrucada

su fatiga se relajase

y él pudiera por fin
dormir con su talón de Aquiles
a pierna suelta.
¿El sacerdote se imagina qué ha pasado?
¿Sabe qué hacer con un enigma
que le cae a las manos
desde el cielo?
¿Intuye que algo
o alguien
le ha escamoteado su almohada
la cuna de sus párpados
el somnífero del dogma
para poner en su lugar
una duda
que se presenta
como mullida
tibia
y hasta acogedora
Pero que
no es sino una piedra
espinosa

hiriente

cruel

tramo infinitesimal de su calvario

gólgota de su fe

crucificada.

2. Sacerdote

Qué jabón era ése que
al bañarme
al dejar a mis espaldas el chubasco esclavizado
de la ducha
no sólo me despojó de toda mugre
sino de toda gracia.
Mientras me secaba
deseo hacerle al espejo
una gracejada
una pirueta
un ademán
que lo pusiera feliz
y lo hiciera desternillarse
de cantos a la vida.
Pero
en vez de ver en él un viejo payaso
no hallé sino un viejo
que se hacía el payaso.

3. Payaso

Cuando llega a viejo
el niño que sorprendió a todo mundo
con su precocidad
 como un ave que cantara inimitablemente
 antes de romper su huevo
y se vuelve
terco
caprichoso
travieso
sensiblero y llorón
 -todo viejo
 ay
 vive rodeado
 de tristísimos juguetes
-caemos en cuenta
de que retorna al fin
esa niñez
que el talento prematuro
le había escamoteado.

4. Niño prodigio

El imitador que

se pone en la faz

(oh cerebro de azogue)

los rostros

del Jefe de Estado

los actores y actrices famosos

los políticos de moda

ya vetusto

peinando olvidos

encorvado por el peso de las canas

recluido en el asilo de ancianos

de su propia fatiga

extravía

su yo

su vieja identidad

bordada

con las manos

las agujas

la paciencia

de su madre en el vientre.

No obstante

se dispone a la lucha.

Se mira en el espejo.

Retoca en él su imagen.

Se recuerda chiquillo

con la misma cara asombrada

aún fiel a su acta de nacimiento

del que da de pies a boca con el mundo

y la conciencia

de sí mismo.

Mírase en el pretérito cuando

virgen de tentaciones

no se encontraba aún

con apodos en el rostro

bajo la dictadura de las máscaras

y el peso insoportable

de los gestos ajenos.

Hojea sus antifaces

-y deja tras de sí un basurero de máscaras-

en busca de su rostro.

Se imita a sí mismo
para dar con la pila bautismal
y el agua

-anegada de letras-

donde se asomó su persona
por primera vez.

Pasa lista

a sus atributos
pertenencias
y facciones.

Y logra al fin apresar
a dos manos
la identidad que se requiere
para morir.

No es posible ponernos otras muertes
o fallecer fingiendo no ser uno
quien expira.

Nadie deja de ser
en las afueras de su nombre.

5. Imitador

La vieja actriz
arrinconada por sus sueños
y demandas
-con la esperanza arrodillada a medio tórax-
y con un espejo en la mano
en el que
sin cesar
caen y rebotan
dos preguntas parpadeantes
aguarda la invitación.

Los pasos del cartero se le tornan
los pasos del destino
reparto impredecible de la gracia
o la desgracia
péndulo que va del crisantemo
al alacrán
o viceversa.

Tal vez se la invite

a recibir el Premio de la primera actriz
organizado por una Comisión Nacional
contra las muchas y perpetuas
injusticias donde ella

como Venus germinando del mar

sea una diosa que nazca
entre un oleaje de aplausos
de la espuma parturienta.

Es posible que le llegue un billete
-esperado durante tantos lustros
por sus zonas erógenas-
perfumado
por una cita.

Pero

tras de sonar la aldaba
y el abrirse de piernas de la puerta
lo que le fue deslizado
ay
a la palma de su mano

sólo fue el citatorio

para

el

próximo

aquejarre.

6. Actriz

El viejo pescador

enfermo

decrépito

con ansias de descanso

rodeado de anzuelos convertidos en preguntas

y en la mesa

con una pecera sin agua

rebosante de recuerdos invisibles

siente que su corazón

desde que vino al mundo

fue un pez atrapado por las redes de la carne

hasta ser asfixiado

por el oxígeno.

7. Pescador

Al doblar la esquina

o la página

-da igual-

el mujeriego

dio de pies a boca

con el amor de su vida

-de cuando tenía treinta y tantos años.

Ella le pareció

casi

más atractiva

que en el pasado.

Recordaba sus piernas por ejemplo.

Pero no el rumor imperceptible

las palabras tibias y blancas

que producen al caminar

cuando chocan

una contra otra.

Sin rogarle

sin acosarla

sin torcerle el brazo a ninguno de sus descuidos

obtuvo una cita.

Pero ella

sin explicación alguna

(¿qué futuro podría tener en el presente

su pasado?)

no acudió al compromiso.

Qué lástima.

Qué desperdicio de vivencias cosquilleantes

y pieles a la espera

de efervescentes orgasmos

en cada uno de sus poros.

Pero lo más triste

no fue que su viejo amor

hubiera reanudado su pacto con la lejanía

sino que

él

confesándosele a medias

sintió cierto alborozo

como si se le hubiera caído

un peso

(y una nostalgia)
de encima
como si su epidermis
-esa mezcla de carne y apetencia-
dejara de ser
la ratonera del deseo
y como si al fin
le faltara muy poco
lo que se dice nada
para ponerse a hablar de tú a tú
con el viento.

8. Mujeriego

Cipriano Algor

viejo alfarero

sabe que así como el fuego y el barro

forjan a sus criaturas

la carne y el horno del trabajo

construyen a sus manos

renegridas

musculosas

tiernas.

Sabe también que si sus ollas

o muñecos

se pueden caer

y producir la nota musical

el quejido

de su ruptura

sus manos se agrietan

pero no se rompen.

Pensando en ello

y en Isaura Estudiosa

su vecina

pasa junto a nosotros

silbando

mirando el cielo

y guardando en las bolsas de su traje

las manos de Dios

9. Alfarero

El poeta encanecido
invocó de nuevo a la inspiración
deseoso de tener otra vez deslices con el infinito
y escuchar por consiguiente el tarareo
de la música de las esferas
en los átomos.

Pero
al divisar a su musa
(sucia
con un pelambre en que
-a las manos del viento-
se le enmarañaban los años
con arrugas que encarcelaban
los restos de belleza de su rostro
torpe
retorcida
y ahogándose en olvidos)
decidió montar guardia
en su punto final.

Cuando envejeció el verdugo
encargado de la silla eléctrica
quedó la duda de si cargaba
la calma del olvido
o el sabor a nada de la indiferencia.

Pero más tarde

en una venganza atribuible a quién sabe qué
este verdugo
murió al recibir la corriente fulminante
de una lámpara.

Ante esta jugarreta de la vida
es indudable de que somos muchos los que cargamos
un aleluya en los pulmones
porque este viejo tenía
culpables
serviles
y manchadas de electricida

las manos.

11. Verdugo

La vieja millonaria

enferma

senil

con manos que no pueden levantarse

por tantos anillos

que soportan

con ojeras tapiadas por el polvo

y lunares que no nos dejan olvidar

pasar de lado

o deshollar su artificio

se ve rodeada

inexorablemente

de un sinnúmero de chacales

que no son otra cosa que la anticipación amplificada

del bestiario carnívoro que

con minúsculas fauces

mañana darán cuenta

de las menudencias de ser

que aún le resten.

12. Millonaria

El viejo temor a la muerte
 que cargó esta mujer desde niña
 como una muñeca más
sólo se le agazapó en algún escondrijo
de su entraña.

Como enfermera
tuvo tantas veces a la muerte entre las manos
oyó tan seguidamente
sus lejanos rechinidos en las entrañas
 y escuchó su manera distinta
 de conjugar los verbos
que ese temor se le fue extinguiendo

Pero ahora
 ya vieja
convertida su esperanza
en laberinto
la invade de nuevo
el temor

a escuchar en su pulso
las llamadas del silencio.

Su instinto de conservación
está ya desahuciado.

La apatía que la invade
empieza a hablar el dialecto
de los gusanos.

Ella que
 durante tanto tiempo
le diera transfusiones de brío
o de su resignación
a sus pacientes
hoy se halla sola
perdida
abandonada
buscando en el cansancio la fatiga
las llaves de la puerta...

Sola

con el corazón marchitándosele
sin nadie que la defienda
de los estertores
-las tarascadas de no sé qué animal fabuloso
que están por aunarla
a la negrura.

Al lado de esta mujer
a punto de morir
no hay nadie que con el cuenco de sus manos
proteja la llama de su existencia
de la guadaña de aire.

Qué injusticia:
no tener en este momento a su vera
blanquísimo
-como si ella estuviera al cuidado
de sí misma-
un ángel de la guarda
de las
respiraciones.

13. Enfermera

La edad
anunció el albor
de la vejez
en el pico invisible que se hallaba
sobre las patas de gallo

14. Gallo

La tercera edad hizo de las suyas

expropiándole poco a poco

piel a piel

la donosura

a la modelo.

Preocupada por el avance del enemigo

la mujer

entabló una lucha a brazo partido

con los años

y su marcha ominosa y sin respiro

a lo largo y a lo ancho de su orgullo.

Con mascarillas

cremas

afeites

-de los que usan seguramente los ángeles demacrados-

intentaba detener

parar en seco

la implacable corriente de minutos

de lo inexorable.

Para potenciar su pugna

se hizo de un espejo

honrado

claridoso

que a la menor provocación

decía sin quitarle una coma la verdad.

Y ella se pasaba

(con su tejido de horas en la mano)

acorralándolo con preguntas y preguntas

y escuchando

contrita

temblorosa

incrédula

sus respuestas

hirientes

heladas

sin misericordia.

La modelo

en angustiosa carrera

trataba infructuosamente

de enmendarle la plana

a lo definitivo.

Pero con el paso de los años

fue perdiendo la vista

hasta quedar

ensimismada

con la niña de sus ojos

amarrada a su miopía.

El espejo también fue envejeciendo

de modo tal que

roto

sucio

derrotado

comenzó a balbucir

incoherencias.

La alcoba de repente

se llenó de mentiras y mentiras

de la flora y la fauna

de una alucinación

desbocada.

Dejó de ser
el primer círculo del infierno
para volverse el atrio
del
paraíso.

15. Modelo

Cada quien
tiene la edad que ejerce
-como dice el clásico.

El corazón
en ocasiones es sordo
al griterío
de las arrugas.

Algunos corazones
permanecen en forma
bañándose dos veces
o las que sea necesario
en el mismo río
que Heráclito le regala a veces
a Afrodita.

Permanecen así
sin canas en el ímpetu
ni cansancio en el bajo continuo
de su pulso
aunque el cuerpo haya oído ya
las voces en crescendo

de la carroña.

Por eso.

Por consiguiente.

Por lo que quieran hay muchos ancianos

ancianísimos

que mueren prematuramente.

16. Edad que se ejerce

El viejo analista

-que gustaba de asomarse a los abismos

y estudiar al microscopio las sílabas transparentes

de palabras opacas-

ahora tiene en el diván

sólo a su sombra.

Sin mucho meditarlo

siente la imperiosa necesidad

de volver a las andadas

ser un melómano de laberintos

tornar al espionaje

cuando lo animaba la esperanza

de que el alma del paciente

dejara los pudores

por lo menos en el ojo

de la cerradura.

Mas de pronto

imperceptiblemente

es él mismo

y nadie más

quien se halla recostado en el sofá
mientras su sombra
de pie
escucha con atención
los fantasmas de saliva
que salen de sus labios.

Primero él y después la otra
alternarán de hoy en adelante
en el diván:
la unidad de ambos
se halla en un más allá
que no existe.

17. Autoanálisis

Para el perro viejo
todo sitio es bueno para dormir
arrullado por su propia respiración.

Echado en su lugar
en sus dos metros de gloria

se sueña
como un cachorro que vigila
a la vera de su casa
para que nadie ose despertarlo.

Cuando abre los ojos
-y los abre para cerciorarse
de si continúa habiendo mundo-
se sabe anciano

enfermo

débil

pero

aunque carezca de fuerza para levantarse
conserva tres cosas:
un ladrar que al menor descuido
se lanza a morder a cualquier intruso

una cola que se ríe socarronamente
de su situación
y un hociquito húmedo
lleno de corazones
para su dueño.

18. Perro

Antes de escuchar las eses
que esparce por el aire la guadaña
y subir al cadalso
de la agonía
el viejo bardo
 serena
 digna
 conscientemente
escuchó la obertura
del canto del cisne
volvió los ojos a sus hijos
a sus nietos
a sus amigos y amigas.
Dijo algo acerca de su partida
y sus ojos se perdieron
en el infinito.
Yo
 desde entonces
me quedé soñando:
Quiera Dios que esa forma de morir

sea hereditaria.

19. Una muerte

El viejo ferrocarrilero
no tenía miedo a la muerte.
Hay dos razones
 decía
por las cuales no le temo:
primero
porque cansancio de anciano
no se calma tan sólo con el sueño
y segundo porque
¡estoy tan acostumbrado a los túneles!

20. Ferrocarrilero

El burócrata entrado en años
cree que lo jubilaron
no sólo de su empleo
sino de su vista
sus oídos
sus manos y su corazón.
Se sienta entonces a esperar la muerte.
El catecismo de fantasías
que le atornillaron en las sienes
cuando niño
los indudables milagros
de San Martín de Porres
que se sabían en casa
y la epidemia de incienso
en pie de guerra
que contagió la madre
a toda la familia
le aseguraron que
 tras la muerte
habrá otra vida

otra forma de respirar
donde la buenaventura
o la paz por lo menos
se hallará a la mano.
Aguarda
sereno
la muerte
sordo a los murmullos
que el demontre de la duda
coloca en algunos rincones
de su casa.
No cae en cuenta el pobre
que
devoto
ilusionado
con la fe circulándole en las venas
se encuentra en realidad
en la sala de espera
de la nada.

21. Burócrata

En el día
la hora
el minuto
en que se inicia la vejez
y en que la nostalgia mete reversa
el hombre se da cuenta
de que carga en su morral
cinco sentidos
fatigados.
Y aunque el corazón los azuza
y les promete recompensas
placeres y sensaciones desconocidas
ellos
compartiendo la sordera del oído
se desentienden de sus voces
y buscan
la manera muy particular
de arrellanarse cada uno
en su propio descanso.

De esta pugna entre la voluntad
y los sentidos

 llenos de la pátina del tiempo
brotó la idea nefasta:
ha llegado la hora de la fragilidad
de ocultarse

 infructuosamente
tras la palidez del rostro
de llenarse de cuarteaduras las entrañas.
Todo anciano acaba por asistir a la metamorfosis
de su carne apocada
en cristales enjutos
como el Licenciado Vidriera
y a la menor caída
raspón o tropiezo
se halla en peligro de dañarse
estrellarse en telarañas de vidrio
o simple y llanamente
de quebrarse.

Esta es la razón
por la que los viejos son muy dados a llorar

a conmovearse con el croar de los príncipes
a salpicar de melancolía sus alrededores.

Pero lo hacen a escondidas
clandestinamente

en el cubículo del decoro.

Apagan la luz para ocultar su ridiculez.

Buscan los rincones más oscuros
para velar su patetismo.

Se salen a la calle

ahí donde no hay faroles

a llorar sin tapujos

desvergonzadamente

o

si no pueden evitar la compañía

se tornan invisibles

en una fingida serenidad

propia

de sus años.

Cuando se ve a este hombre

o se oye hablar de él

o se escuchan sus sollozos de las doce de la noche

uno sabe que su lloro
será enjugado únicamente
por ese pañuelo de pañuelos de la mortaja.

22. Llanto

De joven

mujer era sinónimo de deseo

mirada

de promesa

consentimiento

de alcoba

abrazo

de cama

y sexo

de paraíso.

De viejo

mujer es sinónimo de añoranza

mirada

de espejismo

consentimiento

de perplejidad

beso

de inquietud

abrazo

de temor

y sexo

de paraíso.

23. Edades

Galería de monstruos
alebrijes
o de mariposas que
 ante el cirio
están a punto
de quedarse aleteando
tan sólo su ceniza
en este asilo de ancianos
hay de todo:
deidades destronadas
por la conspiración del tiempo
y un puñado de células
en cuarto creciente
ángeles sin uñas
ni cejas
ni pestañas
ni el emplumado pasaporte
para tornar al cielo.
Ancianos extraviados
en la flora y la fauna de sus barbas.

Matronas protegidas del tiempo

porque

año con año se rehúsan

a celebrar

o dar a luz

sus cumpleaños.

Fantasmas

ruinas

guiñapos

trozos de hombre

y -crucificado en su musa-

un poeta.

24. Asilo

La mejor manera de morir

al pie del cañón

es no suicidarse

y hallarse

así

al pie de la carne

hasta que llegue nuestra hora.

Pero los marineros que mueren

sin divisar tierra

en un mar de lágrimas.

Los panaderos a quienes la muerte sorprende

con las manos en la masa.

Las niñeras que

dañadas de la vista ahora se dedican al cuidado

de la niña de sus ojos.

Todos se hallan también al pie del cañón

y sólo dejarán estarlo cuando la jubilación

les llegue al ser.

25. Al pie del cañón

Tras la tempestad

viene la calma

los fuetazos del aire

se sumergen en el hoyo de un silencio

de cuarenta compases.

Las lenguas se desdican de sí mismas.

La cólera del piélago se transmuta

en un arrepentimiento de brisas

y cada cual

cargando su laúd

hace que el mar se balancee

como una canción

con rechinidos de cuna.

Tras la juventud y la madurez

llega la senectud

hora en que de las manos

el tacto poco a poco

comienza a derramarse

y el corazón sólo se excita

hacia su punta.

La inquietud da golpeteos

en la almohada

para encontrar la veta del descanso.

Pero al llegar entonces a esta calma

a esta serenidad sin escozores

en la carne

¿hay alguien que me diga si es posible

que la cera en el oído me regale

la miel del aislamiento

o que haya una mordaza

para dos que tres sirenas?

26. Sirenas

Ninguna mujer

debe darle la espalda al amor

por las siguientes razones:

por la edad

por las canas

por la moralina

porque sí.

No hay un solo argumento válido

para renunciar a él:

ni los prejuicios que dejan en el aire

 su tufillo de incienso

ni las costumbres y su reproducción ampliada

de estulticias

ni los senos que al parecer

querrían resbalarse poco a poco del cuerpo

ni

 lo que es peor

dejarse llevar porque un día

 la cima de su monte de Venus

amaneció

ligeramente nevada.

27. Invierno

El viejo alpinista
supo de pronto la verdad:
toda su vida
no había sido otra cosa
que un ascenso hacia la cima
que lo acercara con el cielo
y le brindara los mejores conciertos de oxígeno posibles.
Pero el pobre no sabía
que el suplicio de Sísifo
no es sólo un mal momento
de la mitología.

28. Alpinista

Cuando un viejo se enamora de una joven
y ella de él
ambos penetran en diversos laberintos:
él se pierde en el laberinto
de una juventud que se ha perdido en el laberinto
de una vejez
y ella lo hace en el laberinto
de la vejez
que se ha perdido en el laberinto
de una juventud.
Este desaguado se inicia
con la creencia
en el principio geométrico
que dice:
la línea más corta entre dos puntos
es un laberinto.

Al enamorarse Ariadna
y el viejo Minotauro
el hilo para salir del laberinto
se enmarañó hasta formar otro laberinto
y así ad infinitum.

30. Borgiana 2

Las pertenencias de los ancianos

envejecen

ay

con ellos.

El látigo del domador

ya no sabe rugir más fuertemente

que los leones.

La pluma del poeta

es ahora ganada por el pavor escénico

ante la hoja en blanco.

El avión del piloto

como si se le hubieran cortado las alas

picotea aquí y allá su semejanza

con un descomunal y grotesco

gallo metálico.

El cayado del viajero

extravía

en no sé qué recodo de su travesía

la brújula de palo

de su sentido de orientación.

La aguja de la costurera
padece quién sabe qué trastornos oculares
que le secuestran
aquellas miradas de hilo
que descubrían las más invisibles
roturas de la ropa.

El barco tiburonero
-hoy medroso hasta de las pirañas-
prefiere dormir en la arena
-soñando en sus años mozos-
a meter de nuevo las narices de su proa
en el salado riesgo de la pesca.

Todas las pertenencias de los viejos
envejecen
se hacen de una joroba
bajo el peso de tantísimos cumpleaños.
Todas escuchan.

Todas saben de qué se trata.
No hay una que no entienda

el idioma universal
el esperanto de la fatiga
de la decadencia
o de lo efímero
con el que hablan
perfecta
corridamente
y sin acento
los relojes.

31. Envejecimientos

Mi cuerpo es un asilo de ancianos.

Cuatro de ellos:

la vista y el oído

el olfato y el gusto

se encuentran

 cada uno en su camastro de células

donde la fatiga

-oh vigor envenenado por la astenia-

les da los consejos y las palabras pertinentes

del buen morir.

Sólo el tacto

 el quinto

se halla lleno de vida

descuidado del tiempo

 desnudándose perezas

y como nunca rejuvenecido.

Esto se debe

 claro

a una historia de amor

que

 con el perdón de ustedes

no voy a contarles.

No. No voy a hacerlo

porque he decidido

 y tengo mis razones

que nadie asome su indiscreción

al ojo de la cerradura

y mancille el pequeño castillo subterráneo

de mi privacidad.

 Decisión que vale para todos

 incluyendo a mi musa

con la que de común he tenido la debilidad

de pasarle confidencias

 secretos al menudeo

que ella hace públicas

 desvergonzadamente

con las fanfarrias del ritmo y de la rima.

Pero algo hay que me preocupa

de este tacto rejuvenecido

embriagado

demandante:

cuando advenga la muerte

cuando a mi corazón alguien le cierre
finalmente los ojos
cuando mis labios deletreen la finitud
de su último suspiro
cuando la vista y el oído
el gusto y el olfato
reposen suavemente las sienes
en los tramos primeros
de su último estertor
sé que el tacto
 con tanta vida
 con tanta
no va a dar el brazo a torcer.
Y en esto
 lo reconozco
reside mi temor:
no vaya a ser que los sepultureros
sin darse cuenta
lo entierren
vivo.

El viejo Santiago
que paseaba
por los bares
los cafés
o las envidias
 la satisfacción
 y el orgullo que sentía
 por sus músculos
ganaba a las pulsadas
a cualquier adversario
que cargara en los dedos
un puñado de piedra
en vez de carne.

Las gentes pensaban
 qué mano tan pesada
la de Santiago.
Pero el secreto de este hombre
es que él no contendía
 en verdad
con la mano.

Ni clavaba las uñas
en la yugular del esfuerzo
enemigo.

Aquella era apenas una máscara
una puntual marioneta
o un mensajero.

Santiago jugaba en realidad a las vencidas
con el corazón.

Y ¿quién puede vencer con una simple mano

-aunque gruña y parezca
que va a hincar sus colmillos
en el triunfo-

a la víscera de las vísceras

al señor de la sangre

la pasión

y la vida?

Por eso las competencias de Santiago

terminaban siempre

-a veces en un abrir y cerrar de manos

pues la suya

apretada a la enemiga

también medía sus fuerzas
con el tiempo-
cuando el dorso triunfante
 devoraba los últimos y minúsculos impulsos
 de la víctima
y su palma
 feroz
 asfixiante
ahogaba la línea de la vida
de la mano derrotada.

Este individuo
estos músculos
este viejo lobo de la astucia
un día zarpó en su barco
se colocó en la proa del arrojado
para jugar a las vencidas con el pez
de sus sueños.

Cuando sobrevino la lucha
 el duelo a último suspiro

ya no fue un encuentro mano a mano
sino una pugna cuerpo a cuerpo
voluntad a voluntad
entre el destino
-su nuevo nombre-
y una de sus víctimas
en pie de muina.

Santiago hablaba interminablemente
con sus manos.

Las animaba
las reprendía
les prometía los guantes del sosiego
les ponía malos ojos
ante cualquier torpeza
descuido
o precipitación
que era como largar
por los bordes de la barquichuela
migajas
de esperanza

que iban a alimentar y dar fuerza
al heroico adversario
que luchaba a corazón partido
por alejarse

inútilmente
de la fatalidad.

Pasaron días
noches
alientos
y desalientos
en que estaban
el pez
el pescador
y el orgullo
entrelazados.

El oleaje -y su ábaco
para contar el infinito-
pasó por los más diversos

estados de ánimo
cuando el sol
la luna
los peces voladores que construyen
sus nidos en la espuma
oían aquellas voces
 como de apuntador
de los cronómetros.

El pez
azul-violáceo
por fin
salió a la superficie
para mostrar el tamaño
 las agallas
 el ojo que le nace en su protesta
 a la injusticia
y entonces el viejo y su fuerza sobrehumana
lo jaló y lo jaló
-como si se trajera el fondo del mar
a la superficie-

hasta ponerlo a la vera
del pesquero
cual el cazador que vuelve de la cacería
con su botín
y un poco del crepúsculo
bajo del brazo.

Cuando finalmente el pez
vio naufragar su esperanza
en su último aleteo
el viejo llevó sus manos a reposar
en el tórax
les preparó una almohada de epidermis
entre el vello del pecho
y deslizó hacia ellas
una manta de ternura paternal
para arroparlas.

Un tiburón que provenía
de las regiones líquidas del infierno
olisqueó los perfumes del paraíso

abandonó el rumbo sin promesas en que andaba
halló su punto cardinal
se acercó a la embarcación
como bólido sabueso
o avalancha de estómago y colmillos
y arrancó de una dentellada
la carne
la dignidad
la existencia
del pescado.

El viejo

que creía haber salido victorioso
cuando conducía a su presa
como lleva una flor a su perfume
o el ojo a su mejor mirada
reconoció que
en jugando a las vencidas con el pez
en realidad fue derrotado
por el mar.

Pensando en los últimos aleteos
de su pesca
y también en sí mismo
el viejo supo entonces
que si el temor a la muerte
es el ángel custodio de los pulmones
el guardián del calendario
el cancerbero del pulso
o el argumento más convincente
que nos da naturaleza
para vivir
seguir viviendo
 el cansancio
-el profundo
el que
 como en una epidemia personal
va adueñándose
de un órgano interno tras otro
el que ve con desdén
el pausadísimo pestañeo
que existe entre el dormir y el despertar

el que tiene en mente
no la cama
y su taller de reposición de fuerzas
sino el ataúd
y su vientre cuadriforme donde reposará
la nada
 el cansancio
 digo
es la obra magna de la existencia
el tibio pasaporte a nuestro tránsito
el estado físico y mental que conduce
a confundir el no ser con el regazo
materno
el santo silogismo que concluye
-empollado por lógica inferencia-
en el punto y aparte.

¡Bendito el que
 cansado
bosteza demandando algo más
que seguir respirando entre penumbras

el que espera impaciente
los manotazos de su último segundo
el que logra en fin hallarse
soñoliento de muerte!

33. El viejo y el mar

INDICE

1. Tenor	2
2.Sacerdote	4
3.Payaso	8
4.Niño prodigio	9
5.Imitador	10
6.Actriz	13
7.Pescador	16
8.Mujeriego	17
9.Alfarero	20
10.Poeta	22
11.Verdugo	23
2.Millonaria	25
13.Enfermera	26
14.Gallo	29
15.Modelo	30
16. Edad que se ejerce	34
17.Autoanálisis	36
18.Perro	38
19.Una muerte	40

20.Ferrocarrilero	42
21.Burócrata	43
22.Llanto	45
23.Edades	49
24. Asilo	51
25.Al pie del cañón	53
26.Sirenas	54
27.Invierno	56
28.Alpinista	58
29.Borgiana I	59
30.Borgiana II	60
31.Envejecimientos	61
32.Sentidos	64
33.El viejo y el mar	67